

C
301
A

GN 315

R 28

V. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo... ..	7
Los hiperbóreos cazadores y pescadores... ..	17
Los inoítas occidentales... ..	79
Los apaches... ..	175

PROLOGO

La etnología, ciencia recién nacida, la comprendemos como la psicología de la especie, siendo la demografía una fisiología, y la antropología representando una anatomía inmensa.

La demografía y la etnología estudian los grandes hechos de la nutrición y la reproducción, de la natalidad y la mortandad, la una en el hombre físico, la otra en el hombre moral.

La demografía compara los términos estadísticos, los ordena en serie, encuentra sus relaciones y contrastes, descubre las modalidades de la vida, desconocidas ó más conocidas hasta ella. Haciendo de las grandes cifras un instrumento de precisión, ha tomado por divisa, como los pitagóricos, la expresión: Numero, pondere, meururá. La etnografía tiene también sus grandes números: los hábitos, las costumbres, las creencias y religiones. Tribus, pueblos y naciones, siglos y más siglos, tales son las cantidades sobre las cuales opera; cantidades algebraicas, pero concretas. Una costumbre, adoptada por millo-

nes de hombres, y continuada durante miles de años, vale, en definitiva, los millones de individuos que la han practicado. Varias de esas reputaciones alcanzarán á cifras enormes, dignas de esas que los astrónomos y los geólogos manejan con tanta facilidad.

Nos hemos acostumbrado demasiado á mirar con desdén, desde las alturas de la civilización moderna, las mentalidades de los tiempos pasados, los modos de sentir, de obrar y pensar, que caracteriza las colectividades humanas anteriores á la nuestra. ¡Cuántas veces se las menosprecia sin conocerlas! Se ha imaginado que la etnología de los pueblos inferiores no es más que un amontonamiento de divagaciones, un cúmulo de necedades;—en efecto, los prejuicios parecen doblemente absurdos cuando no se tiene la explicación de ellos;—y se ha terminado por creer que no hay más inteligencia que la nuestra y que no hay otra moralidad que la que se acomoda á nuestras fórmulas. Tenemos manuales de historia natural que, dividiendo las especies vegetales y animales en dos categorías: los útiles y los perjudiciales, afirman que fuera del hombre no existe ni razón ni conciencia. Y reprochan al asno su estupidez, al tiburón su voracidad, al tigre su furor. ¿Pero quién somos nosotros para juzgarlos desde tan alto con relación á las debilidades morales é intelectuales de nuestros antecesores? Hora es ya de prevenirse; esos errores por los que ha pasado el género humano, esas ilusiones que ha sentido, eran su ciencia. No son monstruosi-

dades surgidas del vacío por efecto de la casualidad; causas naturales las han producido en su orden natural, y, digámoslo, en su orden lógico. En su tiempo fueron otras tantas creencias, que pasaron por bien cimentadas. Resultando de la desproporción entre la inmensidad del mundo y la insignificancia de nuestra personalidad, son testimonio de un esfuerzo perseverante, significando la evolución y la adaptación de nuestro organismo á su medio ambiente, adaptación siempre imperfecta, siempre mejorada. La serie de las supersticiones no es otra cosa que la investigación de la verdad al través de la ignorancia. Los lentes, los telescopios, el análisis espectral, son otras tantas correcciones á la insuficiencia de nuestros órganos visuales. Y no habrá comprensión exacta de la realidad si no es por el conocimiento razonado de las divagaciones anteriores. La ciencia de la óptica intelectual se hace á ese precio.

Tampoco nuestras instituciones son el producto de una ciega producción; son derivativo del alma humana que no cesa de modelarlas y modificarlas á su imagen. Cada cual trabaja en esa obra durante su generación, luego muere. El pobre que nosotros hemos animado conserva nuestro recuerdo tanto tiempo como la transparencia de las aguas conserva el reflejo de sus orillas. Todo nuestro ser parece confundirse en el olvido. Sin embargo, nosotros no sobrevivimos más que por lo que queda de nuestra acción, inconsciente con frecuencia, ejercida con el

fin de la conservación propia y la transformación del medio. Las pasiones que nos han hecho vibrar, nuestros temores y esperanzas, nuestras luchas, nuestras victorias y derrotas, han dejado huellas tenidas por inconcebibles. La acumulación de éstas, indefinidamente repetida por la multitud de nuestros semejantes, constituye, de siglo en siglo, las leyes y los códigos, las religiones y los dogmas, las artes y las ciencias, y, finalmente, las diferentes formas de sociedad. Hacemos lo que los infusorios, cuyos restos se concretan en rocas y se amontonan en macizos montañosos. Desde este punto de vista, la etnología se aproxima á la paleontología. En el siglo pasado, de Brosses decía ya con precisión perfecta: «Para saber bien lo que pasaba en las naciones antiguas, no hay como saber lo que pasa en las naciones modernas y ver si no sucede ante nuestra vista, en alguna parte, algo parecido».

Cuántas veces no se ha repetido la profunda expresión «viajar por el espacio es viajar también por el tiempo». En efecto, tales ritos inexplicados, tales costumbres, que los que las han practicado no han conocido jamás el significado, tienen, en su género, el mismo interés que tendría para el arqueólogo, el descubrimiento de una ciudad lacustre; para el zoólogo el hallazgo de un pterodáctilo que se zambulle en un pantano en Australia.

La inteligencia es por todas partes parecida á ella misma, pero sus desarrollos son sucesivos; lentamen-

te, paso á paso, la humanidad gravita hacia la razón. Tarde ó temprano, se consignará que las ideas tienen su edad, que los sentimientos varían por la forma y el grado. Una ciencia futura clasificará las imaginaciones, hasta las más extravagantes, dirá cómo se forman las fantasías fuera de razón, fijará la fecha á los prejuicios y supersticiones, fósiles en su género.

Tal ha sido el pensamiento principal del libro. Expliquémonos ahora sobre el método seguido y los procedimientos empleados.

Se trata de trazar retratos fieles, sin precipitarlos con violencia ni embellecerlos tampoco. Sin embargo, nos vemos obligados á reconocer que dejan, cuando se les estudia, una impresión algo más favorable que la que resultaría de la consulta cotidiana de los originales. Y ello no podía menos que suceder.

A todo civilizado, los no civilizados empiezan por serle repugnantes. El prejuicio es desfavorable á los salvajes. Los sujetos que se exhiben como tales en nuestras ferias se esfuerzan por representar el tipo oficial harto vulgar. Para expresarse en «lengua pagana» escupen, tosen ó estornudan; son rígidos y chillones, no dicen en lengua europea más que necesidades ó groserías. ¿Sus bailes? Contorsiones, movimientos barrocos y grotescos. ¿Sus comidas? Descuartizar un conejo, morder en una gallina viva. Ningún viajero encuentra tipos parecidos. A medida que el investigador aprende la lengua indígena, que penetra en sus ideas y modos de sentir, deja de ser

extranjero entre los extranjeros. Ve esclarecerse el aspecto de esos hombres tatuados, desnudos ó medio desnudos, disiparse la piel obscura, y, finalmente, descubre que los salvajes le parecían tanto más salvajes cuanto más desconocidos le eran; que la repulsión era por su ignorancia. En el siglo pasado, se conocían tan poco, hasta entre habitantes de una misma isla, que muchos burgueses londinenses tomaban á los montañeses de Escocia por bandidos ó por repugnantes canibales.

Al efecto hemos tenido ocasión de señalar algunas prácticas absurdas y bárbaras, pero sin hacernos pesados, por el motivo de que la necedad engendra el aburrimiento y la crueldad provoca bien pronto el disgusto. Hemos pensado que, sin ser optimistas, debíamos, con preferencia, entendernos sobre las manifestaciones de la inteligencia naciente, sobre los esfuerzos hacia una moralidad superior. Ved los historiadores grandes y concienzudos,—Michelet por ejemplo,—cuando hablan de un pueblo, insisten menos sobre sus bajas obras que sobre sus grandes hechos; lo juzgan sobre sus nobles aspiraciones y no sobre los actos enojosos de la vida cotidiana. Es cierto que en la humanidad, como entre las plantas y los animales, los individuos más bien desarrollados representan su especie mejor que los otros. Pero la cuestión está ya juzgada. ¿Qué regla es la que se sigue en todas las exposiciones, sobre todo en las del

arte y la industria? «No admitir sino los más hermosos modelos, las más notables muestras».

Vayamos más lejos. Esos primitivos son niños con la mentalidad de tales. Y la distancia del niño al adolescente se mide por años; hasta del animal al hombre los grados se miden. La inteligencia infantil no es en todos casos inferior á la razón del adulto. ¡Con cuánta frecuencia los padres admiran la ingenuidad de los primeros años de sus hijos, sus ideas originales, sus cuestiones, cuya profundidad desconcierta, ese frescor de sensación, ese encanto sonriente é imprevisto! Los pueblos nacientes tienen también sus manifestaciones subitáneas, sus inspiraciones de genio, una concepción heroica, sus facultades de invención, que desde hace largo tiempo han perdido las naciones en la fuerza de su edad madura. ¿Y las que declinan, las civilizaciones bizantinas? Se sostienen tambaleantes, marchan vacilantes, el cetro se sostiene con muletas: la regla, la tradición, lo convenido; y de ahí no salen. ¡Desgracia para el que no comprende la juventud, para el que no se extasia con las auroras intelectuales!

El niño era todo alegría, todo esperanza. ¿Pero el hombre representa las esperanzas de la edad primera? De todo lo que hubiera podido hacer, ¿qué ha realizado?—La menor parte... Sin embargo, no ha sido por mala voluntad, y, con frecuencia, no es por culpa suya. ¿Quién reprocharía al árbol no haber sazonado todos sus frutos en flor? La pendiente misma

de las facultades obliga á especializarse; el progreso incesante de la división del trabajo circunscribe al trabajador á un rincón cada día más estrecho; las exigencias de la producción, las crueles necesidades, empotran al proletario al extremo de una manivela, reduciéndole á una sola función, hipertrofiando un miembro para atrofiar los otros, afinando una facultad para debilitar á todo un ser. Por eso no vacilamos en afirmar que en numerosas tribus, llamadas salvajes, el término medio del individuo no es inferior, ni moral ni intelectualmente, al individuo medio de nuestros Estados llamados civilizados. No porque, recogiendo la tesis de Juan Jacobo, exaltemos nosotros á los «hijos de la Naturaleza» para rebajar de paso al hombre, producto cultivado. Nosotros adoramos, admiramos al niño, sin que ello quiera decir que lo declaremos superior al adulto. Nunca el instinto, por sagaz é ingenioso que sea, alcanzará la comprensión vasta y luminosa de las cosas que la razón elabora, segura y silenciosamente. La poesía misma, no puede elevarse hasta la sublimidad de la ciencia; curuja ó ruiseñor no abordarán jamás las elevadas regiones donde se cierne el águila con sus alas poderosas y sólidas.

Estos estudios han sido hechos, en su mayoría, con los informes y noticias que los misioneros y viajeros han publicado durante la última mitad del siglo, sobre países y tribus cuyo estado social ha sido después profundamente modificado. El flujo de co

merciantes y de industriales desborda irresistiblemente, invade las playas que, ayer aun, eran desconocidas. Sin embargo, nosotros hablamos en tiempo presente, bien para seguir el relato de los autores ó bien para evitar fastidiosas acotaciones. Vivíamos en duda sobre la existencia actual de un hecho que los últimos relatos nos presentan con vigor. ¿Podíamos nosotros substituir con probabilidades y posibilismos las observaciones precisas? Hemos tenido que tomar nuestro partido y rogamos al lector que haga lo mismo. En tesis general, esas poblaciones no han sido descritas más que por sus invasores, y por aquellos que no podían comprenderlas. Tales son el imperio de los Incas y de Montezuma, entrevistados solamente en el preciso momento que iban á desaparecer, igual que un copo de nieve observado al deshelarse, cuando se desagrega y evapora, antes que la vista haya discernido su forma geométrica. Primitivos quedan ya pocos; bien pronto habrán desaparecido completamente.

No hemos querido retratar, en fin, cada una de nuestras individualidades étnicas: hubiéramos necesitado volúmenes enteros de repeticiones infinitas. Hemos preferido no dar más que informes sucintos, desenvolviendo más un detalle aquí, una costumbre,

una institución allá. Cazadores, pescadores, pastores, agricultores rudimentarios, casamientos singulares, obsequios extraordinarios, iniciaciones, prácticas de magia. Si el público acoge favorablemente este primer estudio, no tardaremos en ofrecer otro.

Mayo de 1885.

*
* *

Marzo de 1903.

Desde que fueron escritas las páginas que siguen, los Primitivos que describían han cambiado de fisonomía; la civilización, así llamada, los transforma rápidamente.

¿Era necesario volver á modelar estos estudios para ponerlos al corriente de las condiciones actuales? ¿Pero que se diría del pintor, que, cada diez años, retocara un retrato, con objeto de que siempre tuviese parecido?

«La faz del mundo cambia»; así se dice desde hace largo tiempo.

LOS PRIMITIVOS

LOS HIPERBÓREOS CAZADORES Y PESCADORES

Los inoítas orientales

La última Thule, el punto más septentrional de nuestro hemisferio que sea habitado todo el año, es el villorrio de Ita, en la costa de Smith-Sound, bahía de Baffin, por los grados 78 latitud Norte y 79 longitud Oeste, meridiano de Greenwich. Los itayanos son los primeros ó los últimos de los hombres, como se quiera. En sus expediciones de caza llegan hasta la extremidad meridional del glaciar Humboldt, un poco más allá del grado 79; y á partir de los 80 grados, la línea de las nieves eternas llega hasta las costas mismas, al nivel del mar. Toda vegetación desaparece; sólo se encuentran raros abrigos, simples campamentos de verano, visitados de tarde en tarde. Feilden, uno de los heroicos compañeros de la expedición Markham, que tuvo el honor de plantar su bandera á 740 kilómetros del Polo Norte, estima que «los indígenas no han pasado jamás